

Borges y la filosofía

1. Borges se define a sí mismo como «un argentino perdido en la metafísica». La frase es irónica porque él mismo va a mostrar en su obra que la metafísica es el extravío, y explora las posibilidades literarias que ese extravío le ofrece: «¿qué otra cosa son, pueden ser, Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant, Francis Bradley, sino los mayores maestros del género fantástico?» Borges recoge la herencia de la Escuela de Viena, según la cual la metafísica es una rama de la literatura fantástica. «En rigor —dice Sábato— creo que todo lo ve Borges bajo especie metafísica: ha hecho la ontología del truco y la teología del crimen orillero; las hipóstasis de su realidad suelen ser una Biblioteca, un Laberinto, una Lotería, un Sueño, una Novela policial; la Historia y la Geografía son meras degradaciones espacio-temporales de algún *topos-uranós*, de alguna Eternidad regida por algún Gran Bibliotecario.»

Max Black ha puesto de relieve los caracteres comunes al uso de metáforas en la literatura y al de modelos en las ciencias. Frente a los enfoques «comparativo» y «sustitutivo», propios de la retórica tradicional, propone el que denomina «enfoque interactivo»: «una metáfora memorable tiene fuerza para poner en relación cognoscitiva y emocional dos dominios separados, al emplear un lenguaje directamente apropiado a uno de ellos como lente para contemplar el otro: las implicaciones, sugerencias y valores sustentantes entrelazados con el uso literal de la expresión metafórica nos permiten ver un tema viejo de forma nueva; y no cabe predecir anticipadamente ni parafrasear subsiguientemente en prosa los significados más amplios que así resultan, como tampoco las relaciones de tal modo creadas entre reinos inicialmente dispares. Podemos hacer comentarios *sobre* la metáfora, pero ella misma, ni necesita explicación o paráfrasis, ni invita a ellas: el pensamiento metafórico es un modo peculiar de lograr una penetración intelectual que no ha de interpretarse como un sustituto ornamental del pensamiento llano». En la investigación científica los modelos realizan una función parecida. Propone Max Black el nombre de *arquetipo* para configurar «un repertorio sistemático de ideas por medio del cual un pensador dado describe, por extensión analógica, cierto dominio al que tales ideas no son aplicables directa y literalmente». Sobre reflexiones parecidas Umberto Eco ha elaborado el concepto de «metáfora epistemológica». Max Black adjudica a la metáfora interactiva los caracteres de *autonomía* y de *ficciones heurísticas*.

Una amplia metaforización del arquetipo latente es la que Borges realiza: el complejo de obsesiones que le fatigan —que se identifican con los grandes problemas de la metafísica, y que encuentran en las obras de los filósofos su vehículo autorizado— es traspuesto al mundo de lo imaginario por medio de una operación constructiva, que fundamenta su condición de productos artísticos. Dicha operación conduce a un resul-

tado, no de mera sustitución del arquetipo, sino a una nueva visión del mismo. Las construcciones de Borges no son una filosofía más que añadir a la historia de esas «venerables perplejidades», sino que, como productos artísticos, someten al arquetipo a una nueva óptica, ponen de manifiesto el carácter maravilloso o fantástico de esas mitologías de la razón, al tiempo que desmienten su pretendido carácter de réplica del mundo: se añaden al mundo y en él hacen sentir su peso. En su orbe peculiar las construcciones filosóficas se transmutan en metáforas que dejan intactos los conceptos, pero muestran la reacción de una sensibilidad peculiar ante ellos. (Alazraki.)

2. Esta operación de metaforización constituye todo un programa enunciado por el mismo Borges. En efecto, a propósito de las posibilidades literarias que el idealismo ofrece, dice: «Admitamos lo que todos los idealistas admiten: el carácter alucinatorio del mundo. Hagamos lo que ningún idealista ha hecho: busquemos idealidades que confirmen ese carácter». Ahora bien; ¿cuáles son los temas mayores de la filosofía que Borges explora en su búsqueda literaria? Enumeremos los fundamentales: los arquetipos —en su versión pura: Platón y el neoplatonismo, o en su versión degradada, la gnosis—; la mente de Dios, tal como quisieron usurparla los racionalistas, Spinoza y Leibniz, o en la versión averroísta del entendimiento universal y único; el idealismo, tanto en la versión de Schopenhauer y de Berkeley, como en la de Hume referida al espacio, que Borges querrá ampliar al tiempo; la crítica humeana a los conceptos de causa, sustancia, espacio e identidad personal; las doctrinas del Pórtico de Zenón, en su especial versión senequista, y algunos otros conexos con éstos, como el azar y la necesidad, la predestinación y el libre albedrío, los indiscernibles leibnizianos, etc.

3. El problema filosófico central de la obra de Borges es el de la unidad y la multiplicidad. Por eso se siente atraído por los sistemas que intentaron encerrar en una síntesis coherente la explicación del mundo como unidad, en especial el racionalismo, el estoicismo y el neoplatonismo, sin olvidar sus degeneraciones, como el gnosticismo. Esta propensión da por descartados, desde el principio, los sistemas pluralistas: Marx y Epicuro no aparecerán en su obra como posibilidades literarias. Un mundo constituido por infinitas cosas, lo mismo que un tiempo infinito, le producen vértigo y horror. Ahora bien; los sistemas monistas se desmenuzan en otra serie de problemas particulares: el tiempo y la eternidad, el movimiento y el reposo, la persona y sus actos, la memoria y el olvido, etc. Borges va a perseguir la búsqueda conceptual de la unidad: cómo lo múltiple se reduce a la unidad, el tiempo a la eternidad, el movimiento al reposo, la corriente de los actos al yo. Empresa condenada al fracaso por un doble motivo: por nuestra propia incapacidad cognoscitiva y porque entra de por medio ese «concepto que es el corruptor y desatinador de los otros. No hablo del Mal, cuyo limitado imperio es la Ética; hablo del infinito».

Su mentor histórico favorito para la revelación de nuestra capacidad cognoscitiva es Hume. Él fue quien sometió a crítica radical nuestra capacidad para captar la unidad bajo el concepto de sustancia, y, por ello, denunció nuestra arrogancia en el uso de sustantivos; él fue quien declaró hallarse perdido en el laberinto de la identidad (es curioso que Hume mismo utilice en el *Apéndice* de su *Tratado de la naturaleza humana* esta metáfora, tan querida de Borges); él fue uno de los que defendieron la idealidad del espacio (Borges le reprochará no haber extendido el mismo análisis al tiempo);

él fue, en fin, quien redujo el concepto de causa al de conexión constante. (Aparte de otros muchos lugares en que el gran escocés es aludido o utilizado, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* representa, en buena medida, un homenaje a su obra.)

El concepto que descabala toda construcción racional es el de *infinito*: «sospecho que la palabra infinito fue alguna vez una insípida equivalencia de inacabado; ahora es una de las perfecciones de Dios en la teología y un discutidero en la metafísica y un énfasis popularizado en las letras y una finísima concepción renovada en las matemáticas —Russell explica la adición y la multiplicación y potenciación de los números cardinales infinitos y el porqué de sus dinastías casi terribles— y una verdadera intuición al mirar al cielo». El concepto de infinito merece de parte de Borges los siguientes calificativos: corruptor, desatinador, es una «palabra (y después concepto) de zozobra que hemos engendrado con temeridad y que una vez consentida en un pensamiento, estalla y lo mata». Ahora bien, el concepto de infinito opera en una doble dirección: lo infinitamente divisible y la infinitud actual. Por ello Borges explorará ambas, haciendo la historia de la paradoja de Zenón, por un lado, y mostrando por otro el terror que causaría un mundo compuesto por una infinitud de seres actualmente existentes (Pascal), o escudriñando el vértigo intelectual que produce la historia de una las más venerables metáforas aplicada a Dios (la esfera infinita, cuyo centro está en cualquier parte y su radio en ninguna). El *regressus in infinitum* ha servido históricamente tanto para afirmar, como para negar y dudar. La historia de la filosofía se identifica con la utilización de dicho principio. Por eso se pregunta: «¿Es un legítimo instrumento de indagación o apenas una mala costumbre?», y generalizando: «¿Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) pueda parecerse mucho al universo?».

Pero aún hay más: el concepto de infinito disuelve la realidad del espacio y del tiempo, vuelve sospechoso el lenguaje, volatiliza la identidad personal. En *La esfera de Pascal* nos dice: «... y los hombres se sintieron perdidos en el tiempo y en el espacio. En el tiempo, porque si el pasado y el futuro son infinitos, no habrá realmente un cuándo; en el espacio, porque si todo ser equidista de lo infinito y de lo infinitesimal, tampoco habrá un dónde. Nadie está en algún día, en algún lugar; nadie sabe el tamaño de su cara». En *Pascal* dice: «... su libro no proyecta la imagen de una doctrina o de un procedimiento dialéctico, sino de un poeta perdido en el tiempo y el espacio. En el tiempo, porque si el futuro y el pasado son infinitos, no habrá realmente un cuándo; en el espacio, porque si todo ser equidista de lo infinito y de lo infinitesimal, tampoco habrá un dónde». Este tipo de razonamiento le servirá para achacar a Hume el no extender la idealidad del espacio a la del tiempo.

El infinito disuelve nuestra concepción unitaria del mundo, porque concebirlo como uno no le es dado a nuestro entendimiento sino bajo la forma de infinitos seres actualmente existentes. Pero un mundo así, que el mismo Leibniz rechazaba, le causa horror, como a Averroes: «El temor de lo crasamente infinito, del mero espacio, de la mera materia, tocó por un instante a Averroes. Miró el simétrico jardín; se supo envejecido, inútil, irreal». La infinitud aniquila la particularidad.

Hume había disuelto la identidad personal al reducir el yo a un haz o corriente de percepciones que sólo artificialmente son unificadas por una designación gramatical.

4. El idealismo aparece en Borges como el refugio lógico en el que nos precipita la

acción corruptora del infinito. En *La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga* nos dice: «La paradoja de Zenón de Elea es atentatoria no solamente a la realidad del espacio, sino a la más vulnerable y fina del tiempo. Agrego que la existencia en un cuerpo físico, la permanencia inmóvil, la fluencia de una tarde en la vida, se alarman de aventura por ella. Esa descomposición es mediante la sola palabra infinito... Mi opinión, después de las calificadísimas que he presentado, corre el doble riesgo de parecer impertinente y trivial. La formularé, sin embargo: Zenón es incontestable, salvo que confesemos la idealidad del espacio y del tiempo. Aceptemos el idealismo, aceptemos el crecimiento concreto de lo percibido, y eludiremos la pululación de abismos de esa paradoja. ¿Tocar a nuestro concepto del universo por ese pedacito de tiniebla griega?, interrogará el lector». Por eso sólo en la filosofía de Schopenhauer reconoce algún rasgo del universo: «Según esa doctrina, el mundo es una fábrica de la voluntad». *El mundo es mi representación*, así comienza el pensador alemán su gran obra *El mundo como voluntad y como representación*. Idealidad del espacio y del tiempo, pérdida de la identidad personal, extravío: temas mayores del idealismo que desencadenan la imaginiería de Borges —tigres, laberintos, espejos y espadas— que en lo imaginario reduplican, enfrentan o amortiguan las aporías de la razón.

El infinito aniquila la identidad personal, pero también la disuelve el idealismo: si el mundo no es sino mi representación, tampoco yo existo... Si el entendimiento es universal, como quería Averroes, yo soy todos los demás, o, como dice Borges, «un hombre es todos y cualquiera». «Nunca sabré quién soy»; «esa cosa que somos, numerosa y una». En *La sombra de la espada* John Vincent Moon dice: «Lo que hace un solo hombre es como si lo hicieran todos los hombres... Acaso Schopenhauer tiene razón: yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres». Reitera el dicho de Schopenhauer, según el cual «en el instante del coito, un hombre es todos los hombres». La lectura de Schopenhauer será uno de los dones que el cielo le ha concedido. Por otra parte, Berkeley: ¿no resulta sintomático que el nombre del general, en cuya quinta se esconde John Vincent Moon, sea precisamente Berkeley? El relato *El Inmortal* puede pasar por arquetípico entre los que desartollan la idea de la no identidad personal: un hombre puede ser muchos hombres, haber encarnado muchos destinos. Según Schopenhauer, a la voluntad ciega le interesa la especie, no el individuo. En Averroes —otro racionalista-idealista *avant la lettre*— la pertenencia a un entendimiento común vuelve irreal nuestra existencia: «todos los niños querían ser el almuédano», «infinitas cosas hay en la tierra, cualquiera puede equipararse a cualquiera», «la divinidad sólo conoce las leyes generales del universo, lo concerniente a las especies, no al individuo», «un famoso poeta es menos inventor que descubridor», «... dijo que en los antiguos y en el Qurám estaba cifrada toda la poesía y condenó por analfabeta y vana la ambición de innovar». Con todo ello tiene que ver su teoría de la autoría literaria: en un libro están todos los libros, cada autor crea a sus precursores, todos los libros parecen haber sido escritos por un autor único, etc.

5. Se ha dicho que la filosofía de Borges es una filosofía escéptica. Ciertamente que se identifica con un escepticismo moderado, como aquél en que acaba Hume: el que es consciente de las limitaciones de la razón humana, de las trampas del lenguaje, y que se satisface con la seguridad que dan la creencia y la probabilidad. Borges va a ter-